



## 9. CON LOS ZAPATOS DE OTRO

---

Voy a empezar contándote algo que me ocurrió una vez cuando un pobre hombre llamó a nuestra puerta y pidió dinero para comprar tabaco. Me enteré por casualidad, y me gustó que fuera tan sincero y que no intentara engañarnos diciéndonos que lo necesitaba para comer... A las hermanas de la comunidad les pareció que era una petición un poco descarada y algunas comentaron: "Es el colmo pedir dinero para fumar, eso, al fin y al cabo, es un lujo..." No me quedó más remedio que dar mi opinión: "¿No os parece que para él eso no es superfluo, sino que siente que lo necesita y además le gusta? Por supuesto que preferiría que nadie fumara, pero para él en este momento es una verdadera necesidad..." (No sé si entendieron del todo mi postura, pero finalmente el hombre se fue con su dinero para tabaco...).

Te cuento esto para compartir contigo algo que me parece muy importante para la relación con los demás: la capacidad de ponerse "dentro de la piel del otro" para poder comprenderle. Y también la convicción de que la verdad de cada uno es "su verdad", no "la verdad". Imagina dos personas, cada una de un lado de una valla alta pintada de verde por un lado y de marrón por otro. Y cada una empeñada en convencer a la otra de que "la valla es verde" o "es marrón". Por eso es preferible decir: "Esta es la forma en que yo lo veo...", o "Tengo la impresión de que...", en vez de afirmar de manera categórica: "Esto es así y no hay otra manera de verlo". Ningún ser humano posee la verdad completa, cada uno sólo tenemos una parte de la verdad, pero si estamos dispuestos a compartir nuestros pequeños fragmentos, todos poseeremos una verdad más completa.

No quiero engañarte yo tampoco (como no lo hizo el hombre del tabaco...): no es nada fácil mantener esa postura y a mí me trajo en la vida bastantes problemas porque, de tanto comprender a la gente, me acusaron a veces de debilidad y de falta de decisión.

Pero esa manera de ser forma parte del secreto de mis relaciones y de tanta gente amiga a la que he querido y por quienes me he sentido querida.

Qué maravilla si nos dirigiéramos unos a otros llevando dentro esta pregunta y este interés: "¿Qué se siente siendo tú?".

Bueno, yo ya te he contado "qué se siente siendo yo...", ¡ahora te toca a ti! Aquí estoy para escucharte tratando de "ponerme tus zapatos".

(Por cierto ¿sabes lo que me pasó una vez? Me avisaron de que había llegado un obispo a visitarme y bajé a toda prisa a saludarle. Pero los zapatos que llevaba me estaban un poco grandes y, al bajar las escaleras, se me salió uno que bajó dando tumbos por los escalones. Pasé mucha vergüenza, menos mal que se me ocurrió tomármelo con humor y le dije: "Ya ve, Monseñor, vengo descalza como Moisés delante de la zarza...").

Te quiere,  
SOFÍA